

cázar, enfrente de Candeales y lo hizo a expensas de Fachano el herrero que era tío suyo, vecino, también, de Candeales por la trasera, pues vivía frente a su portada, en la otra acera de la calle del Horno, en la última casa.

El cambio entre madrileños y alcazareños no cesaba y por lo tanto la Pepa al sentar sus reales en el Cristo no debió extrañar el ambiente ni pasar ella para muchos como cara desconocida.

Por otra parte el haber vivido aquello y ésto nos permite ahora distinguir lo supuesto de lo cierto. Vivir en los barrios bajos de Madrid o en el paseo de Alcázar, que es su prolongación, equivale a lo mismo, aunque esto sea un poco más solitario y más entrometida la gente por menos numerosa.

Los barrios bajos de Madrid no se llaman así por ninguna cualidad de su vecindario, como parece sobreentenderse, es decir, por estar ocupados por gente baja, pues en su demarcación hubo casas de las de mayor alcurnia y no todas han desaparecido. Se llaman bajos porque lo son, por estar en la parte baja del cerro que es Madrid, en la cuesta abajo que no se circunscribe al casco urbano ni mucho menos, pues la pendiente llega hasta Alcázar y nuestros maquinistas han dicho siempre al ir que iban subiendo a Madrid, tanto desde el cerro de la Plata como desde el desmonte de Piédrola. Los nombres que se han citado y los que pudieran agregarse de Atocha, Huertas, Salitre, Olmo, Resa, etc., lo acreditan claramente. Y los que no aluden al terreno o al paisaje nos hablan del sentir o de la ocupación de las gentes: Calvario, Amparo, Jesús y María, Ave María, Magdalena, Esperanza, Tribulete, Encomienda, Cabestros, Dos Hermanas, Carnero, Maldonadas, Estudios, Ruda, etcétera. En la calle del Ave María y en la rinconada de los números pares, estaba la célebre botica que hacía el unguento de Cerbellón, análogo a los que en Alcázar hacían las Laureanas y Quintanilla el barbero y no menos famoso. Cerbellón era uno de los títulos nobiliarios aplicado a una dama de la casa de Fernán Núñez, la regia mansión que ocupaba más de media calle de San Cosme y otro tanto de la de Santa Isabel. Esa botica compartía la fama del barrio con la de Torres Arnau enfrente de la iglesia de San Sebastián, un poco más abajo de donde vivían Don Juan de Dios Raboso y Don Jacinto Benavente y que después fué de Covisa el pequeño. Ninguna de las dos llegaban sin embargo a la del Globo, cuya nombradía era universal, no del barrio solamente, como la de su dueño el Dr. Trasserra, que fué hasta concejal y diputado provincial muy popular. Todavía sigue el globo, pero ¡cuán desinflado!. Todo lo demás sigue también pero olvidado por completo e insignificante. ¡Con el brillo que tenía! Le valía más haber desaparecido. No es conveniente ni siquiera útil aferrarse tanto a la existencia.

Nos complace mucho poder atestiguar con retratos las alusiones verbales más o menos incitantes para que se comprenda su fundamento, debiendo por ello gracias a Isabelilla Lucas, las Ramonas y Juliana Izquierdo, Oliva Vaquero y la Salud, que no necesita más nombres, y otros amigos.

Las arrogantes mozas de la fotografía son Josefa Robles Zaínos, la de la izquierda de la fotografía, después mujer de Juan Antonio Candeales y su prima Francisca Robles, la de la fábrica de pianos, ambas con espléndidos atavíos; la Paca, de glasé natural, con miriñaque hecho